

El Real Sitio de San Lorenzo no tiene palmeras, ni campos de naranjos, ni arrogantes puentes, ni atrevidos acueductos y extraños chapiteles. No tiene sicomoros ni Bastillas octógonas, ni menos está cercado de vetustos y anchurosos murallones. Todas estas bellezas de distinto género hállanse diseminadas por el suelo ibérico; derrámanse por otras llanuras, ó erizan cerros, y cuentan, como dice Victor Hugo, ciudadelas donde nunca ha vibrado la campana, tocando á rebato agitada por manos infieles. Todas tienen en sus templos multitud de adornos y profusas pequeñeces; pero el Escorial, verdadera fotografía del siglo XVI, elocuente espresion del caracter que dominaba en su época, imagen fiel del espíritu religioso de nuestros mayores, solo tiene una cosa.....

## EL REAL MONASTERIO DE SAN LORENZO.

Tú nos recuerdas al vencido Rey,  
Tú á Castilla recuerdas su victoria,  
Y con pasmo del orbe te miraste  
Alzarte para mengua de París,  
Y tu cimiento sólido asentaste

Sobre los tallos de la flor de lis.

.....  
Si de su afrenta y de su mengua es cierto  
Lo que del Rey Felipe el mundo cuenta,  
Al alzarte lavó mengua y afrenta.

(*Infante.*)

Si quereis conocer con mas claridad que en los débiles reflejos de la historia el poderío de la nacion que marchaba á la cabeza de los pueblos Europeos, su influencia moral y su grandeza artística, id al Escorial, y vereis con vuestros ojos y palpateis con vuestras manos la España de Felipe II; porque, no lo dudeis, solo los pueblos grandes y poderosos saben retratar su valimiento en obras atrevidas y magníficas.

Si esperais á formar un juicio fiel y esclarecido de aquel Príncipe; si pretendeis conocer al hombre singular que supo dar forma tangible al triunfo de San Quintin, que acertó á pregonar su fama desde el pie de aquellos cerros, y á quien sus partidarios y enemigos prodigaron tan distintos cuanto exajerados epitetos, dirijid vuestros pasos al Escorial; fijad vuestra atencion en aquel monumento secular, eco fiel del pensamiento que ocupó al hijo del César; traspasad el vestibulo del templo, y contemplad aquella arrogante Basílica, y en ella hallareis esculpidas sus facciones, y espresados los sentimientos que le animaban; en ella descubrireis los destellos de su alma con mas fidelidad, con mas verdad que en los bellísimos retratos de Pantoja, con mas veracidad que en las apasionadas páginas de modernos y antiguos escritores; y finalmente, si anhelaís conocer el del sacerdote del arte, que, dueño ya del Santuario, se consagró á su culto con una obra hija de su legítima inspiracion, y que, digna emanacion de esa fuente divina, levantó el monumento que habla al espíritu, que afecta los sentimientos mismos de la humanidad, y satisface las necesidades vivas del corazon, pronunciad tan solo el nombre de *Juan de Herrera*: en él vereis encerrado para un poema católico todo un pensamiento sublime; y en la cúpula gigante de la Basílica Escorialense hallareis escrita con toda claridad la ardiente y atrevida concepcion de un artista español.

Allí os asombrareis ante las creaciones de los grandes hombres del arte; allí os pasmará la atrevida empresa de Juan de Herrera, seguramente inspirado, porque de otro modo no se comprende que la mano del hombre pueda formar aquellas bóvedas colosales, trazar aquella admirable distribucion, y llevar allí su cincel maravilloso, para legar á la posteridad su nombre esclarecido.

Semejante al alcion, que pone su nido en un rústico peñasco, Felipe II colocó el Escorial en la falda de escabrosos pero pintorescos montes; y con una perseverancia de hierro supo proseguir constante en su idea, hasta dejar terminada la mas bella página de nuestra historia religiosa, artística y monumental.

Grande y tremenda era la lucha que en aquellos tiempos sustentaba la Iglesia Católica: el hijo de Carlos V, como verdadero soldado de la fe, militaba valientemente; y así como sus enemigos no reparaban en el género de ataques que le dirigian, así él, al edificar aquel Monasterio, levantó al propio tiempo un dique contra las ideas disolventes, y simbolizó en aquel templo todas sus creencias y todas sus aspiraciones.

Erijido en ardiente defensor del catolicismo, y abrigando en su alma el mas profundo sentimiento de veneracion hácia la Providencia, mostraba la resolucion firme é inmutable de cumplir con su penoso deber; resolucion magnánima y heróica, terrible y sombría. Religioso por principios, por carácter severo hasta la inflexibilidad, suspicaz en alto grado, triste y melancólico cual cumplia al personaje en cuya cabeza germinaban los destinos de ambos mundos, y sobre todo los de un pueblo tenaz en no abdicar la dominacion moral del universo, vímosle al propio tiempo dotado de esquisita prevision y no poca

prudencia, siguiendo la marcha del siglo en que vivió, y dueño de pingües rentas é inmensos tesoros con los que materializó su siglo y sus instintos. La posteridad, no por ingratitud sino por desaliento, dejó de levantar estatuas á aquel gran rey, y así obró cuerdate; que no hay cincel capaz de producir una estatua tan gigantesca como la que él mismo esculpió al pie de los montes Carpetanos.

Dentro de los muros del Escorial se examinan las obras maravillosas del hombre, las lecciones de la historia, la filosofía de la vida, la amarga enseñanza del tiempo; allí se contempla el mas elocuente contraste que puede ofrecerse á nuestras meditaciones, porque se contempla el poder en todo su brillo, y el poder reducido á polvo (').

Todas las bellas artes á porfia, adunadas y estimuladas por la gloria, se ostentaban ya en el nuevo edificio. Este contaba con una biblioteca que habia de honrar la memoria del Gran Felipe, y figurar en primera línea en el mundo literario; poseia un colegio y seminario donde los alumnos pudieran recibir un continuo alimento instructivo; encerraba dentro de sus muros las veneradas cenizas de sus antepasados, si no en un local tal como él lo deseaba, lo bastante por lo menos para demostrarnos la igualdad que en aquel recinto tenebroso establece la muerte, sepultando con su yerta mano todas las grandezas terrenales; y finalmente, la religion con su influjo poderoso habia santificado y espiritualizado aquel grandioso monumento.

Los rasgos y caracteres mas notables de este Monasterio son la sencillez y magestad sin fausto, pero sin vulgar amaneramiento: la severidad presidiendo á su habitual conjunto de arte y de sentimiento; la religiosidad mas pura, la sublime melancolía del cristianismo, el sello de las grandes y eternas concepciones, en cuanto caben serlo las concepciones humanas. Tales fueron las del Monarca, tales las aspiraciones del segundo Felipe.

El Monasterio de San Lorenzo, como todos los edificios antiguos dedicados al culto, tiene el lenguaje de las edades que pasaron, saluda á los vivos desde lo mas alto de sus cúpulas, y revela con elocuencia al viajero los prodigios del hombre cuando entrega su corazon y su pensamiento á la religion, consagrándose al estudio de las bellas artes.

La construccion de aquella inmensa mole, tan magestuosa y sublime como la religion divina que la dió el sér, es notable por la rigidez y belleza de sus líneas; por la igualdad, gentileza y buena labor de todos sus detalles; por lo bien entendido de sus proporciones, indebidamente criticadas en boca de algunos ingénios descontentadizos; por la esquisita sencillez de que hace gala en medio de su grandeza misma; por la espiritual y misteriosa inspiracion que le presta vida y elocuencia en medio de su imponente silencio, cuya formacion vino á ser como un objeto de solaz y de descanso para aquel Príncipe.

De esta suerte vemos que, así como el Emperador Tiberio cuando abandonó á Roma para trasladarse á Caprea, gobernaba desde allí por cartas el mundo, así Felipe II, dejando con frecuencia su alcázar de Madrid, se trasladaba al Escorial, de donde con la pluma y con el pensamiento imponia leyes á ambos hemisferios. Así hemos visto que siempre que los negocios le dejaban algun respiro se trasladaba al sitio de su consuelo, donde, mitigándose la amargura de sus cuitas como padre y el sobrealiento de sus fatigas como rey, vijilaba de cerca la marcha de aquellos trabajos, y experimentaba un dulce bienestar al ver salir de la tierra como por encantamento aquella epopeya de piedra; epopeya política y religiosa á la vez; epopeya destinada á cantar en los futuros tiempos, con la robusta voz de los monumentos seculares, la religion sublime del Redentor y las grandezas españolas.

Y así es en efecto: nuestra religion posee su arte peculiar; un arte que inspira los verdaderos sentimientos de la virtud, que inclina á la meditacion, y que, por mas que hayan sufrido variacion los géneros de arquitectura, desde las Basílicas de los primitivos tiempos hasta las bellísimas catedrales góticas de los siglos XIII y XIV, siempre ha brillado por su orijinalidad.

Los rasgos y caracteres del arte consagrado á la representacion del cristianismo, deben ir revestidos de la pureza, sencillez, dignidad y elevacion moral, sin cuyas indispensables dotes nunca llegarán á ser ni la espresion de la sublimidad de sus misterios, ni podrán aspirar á la inmortalidad de su primordial objeto.

Hase arraigado bastante la idea de que las ojivas son los emblemas del catolicismo primitivo; hase hecho cundir que la arquitectura de la edad media era la única, la verdadera arquitectura de los templos cristianos; que las torres góticas, esbeltas y ligeras, aparecen haber sido inventadas para llevar al cielo el eco de los cánticos sagrados: pero fijando nuestra vista en el régio Monasterio de San Lorenzo, nos convenceremos de la poca exactitud de aquellas palabras. El Escorial, cuya arquitectura en nada se parece á la de las catedrales góticas, sin puertas ojivas ni calados miradores, sin caprichosos enlaces de precitados capiteles, ni ligeros cornisamentos sustentando taraceadas barandillas; cuyas torres no tienen filigranas ni mosaicos, ni se ven coronadas por aquellas adornadas agujas, cuyas caladas macollas hienden las nubes y se elevan por los aires en

(') Palabras del célebre orador Lopez.





éxtasis sagrado; el Escorial, repetimos, es un templo destinado al culto de los hombres apegados miserablemente á la tierra solo por los vínculos corporales; singularízase por la sencillez y el aspecto de rigor y penitencia que tan bien cuadra á la austeridad de un Monasterio; es la imagen del catolicismo español, grave, severo, inquisitorial é intolerante, tal como existió á fines del siglo XVI.

Sí, la arquitectura robusta, varonil, maciza del templo de Felipe, está modelada á imagen y semejanza de la Iglesia Católica, que en aquellos momentos de lucha predicaba la verdad de sus principios y la eternidad de su existencia.

Así vemos que manejando Toledo y Herrera con notable valentía el género greco-romano, supieron imprimir en aquella suntuosa fábrica el sello de su época, produciendo una obra exclusivamente española en el siglo XVI.

Nuestro corazón se llena de tristeza al contemplar tantos años, tantos tesoros y tantos afanes empleados en la formación de una obra magna, cuya primitiva materia no corresponde ni con mucho á la reunión de sus bellas dotes. Es la pesadilla de nuestros dorados sueños; por ella hemos arrojado muchas veces la pluma; sentíamos helarse la sangre en nuestro corazón y agotarse nuestra imaginación; ya veíamos allá en futuros tiempos verter nuestros descendientes lágrimas de desconsuelo sobre las ruinas del Escorial, contemplando la osamenta de aquel gigante envuelto en el polvo de los siglos.

Llevándonos nuestro pensamiento á los futuros tiempos, comparábamos al Escorial con la majestuosa Babilonia, que habiendo sido la primera ciudad del mundo, desapareció con su brillante gloria; y hoy solo se ve sobre las ruinas que quedan cerca del Eufrates al pastor oriental, que atraviesa con sus ganados aquellos escabrosos lugares. Veíamos al laborioso campesino durmiendo sobre los escasos restos de la opulenta Tiro, en otro tiempo dueña de los mares. Nos acordábamos de Cartago, ese gran coloso africano, heroica competidora de Roma y vencedora de los Régulos. Presentábanse á nuestra memoria la asiática Efeso, con su célebre templo de Diana; la inmortal Sagunto y la tenaz Numancia: y en medio de ese torbellino de imágenes, parecíanos oír crujir en donde fue Escorial, y bajo las plantas del caminante ó del estudioso arqueólogo, las hojas secas que han de cubrir sus polvorosas ruinas.

Aquellos restos esparcidos por el suelo traían á nuestra mente diversas ideas á cual mas fantásticas, á cual mas tristes. ¿Por qué en la naturaleza, nos decíamos, el árbol que cae deja semilla y produce un nuevo árbol, la gota de agua que se evapora vuelve á caer convertida en lluvia, la merma que sufre el oro en el crisol es para robustecer nuevos granos del mismo metal, y no ha de suceder lo mismo en el mundo moral? ¿Por qué han de perecer para no volver á existir mas tantas joyas del arte, tantas fuentes de santa inspiración, tantos tabernáculos del espíritu religioso de nuestros mayores, á cuya vista se ilustran los artistas, y que cual piedras miliáreas atestiguan la ruta que describe la humanidad en la tierra?

Pero dejemos al tiempo que en su inexorable marcha lleve á las futuras generaciones las carcomidas páginas del Escorial, y desechemos reflexiones que siempre infunden en el alma un enternecimiento que lacera el corazón.

Que así como los descubrimientos del siglo XVI, aturdiendo á la humanidad, sirvieron de sudario á la edad media, é hicieron que despavorido el espíritu de antigüedad, se refugiase en lo mas profundo de los subterráneos para robustecerse en la meditación y el estudio; así no faltarán, si el Escorial perece, sabios filósofos, humildes y santos peregrinos, que sin perder ninguna de las emociones que bajo estos títulos les inspiren aquellos restos de las artes y de la religión, sepan buscar entre el polvo de sus ruinas vestigios de la antigüedad, que desgastan los siglos para conquistar los tesoros de las artes, para referir á las gentes de sus días fragmento por fragmento todo lo que fue la antigua Escorial, reanimando de esta suerte el libro inmortal que la mano de la ignorancia ó la pesadumbre de los tiempos hubiese destrozado impiamente. Reconstruiríase entonces el viejo edificio de las edades que fueron, y con el auxilio de los antiguos historiadores se le vería aparecer de nuevo, lleno de vida é imponente magestad.

Y ¿quién sabe si un llamamiento á la generosidad del mundo católico haría renacer al Escorial en toda su primitiva belleza, como hizo el Pontífice Leon XII con la famosa Basílica de San Pablo en Roma, cuyas inmensas riquezas que contaban ya 15 siglos de existencia, fueron reducidas á cenizas en menos de seis horas!